

ENTREVISTA A ALAIN TOURAINE

Jesús Baigorri-Jalón

— **V**oy a empezar un poco por el final: el contrato de trabajo para los jóvenes en Francia: ¿cómo ve usted la propuesta del gobierno?

AT: Bueno, primero la propuesta del Gobierno es compleja, es decir, decirle a los jefes de empresa: «Por favor usted contrate gente pero yo le doy la posibilidad para que no tome a cualquier persona. Ustedes tienen dos años para despedir». Eso me parece, en total, más positivo que negativo. Segundo, los estudiantes, se quejan. Muchos de los estudiantes, la mayoría, no están en esa situación de tener este contrato. La mayor parte de los estudiantes van para funcionarios como profesores, como profesor liberal o a un nivel más alto, porque esta ley se aplica a la gente que no tiene prácticamente nada; eso se aplica a la gente que en el momento actual tienen pura precariedad. Entonces, en pocas palabras, eso significa que sí hay un descontento enorme; violento es por otras razones. Lo que es bastante evidente, y es importante decirlo, es que no es un problema digamos específico, una respuesta específica a este discurso. Y esto lo creo fundamentalmente. Yo diría que no hay una diferencia total entre lo que pasó en noviembre en *les banlieues* y lo que afecta a esta clase media de estudiantes. En ambos casos, a pesar de la diferencia de medio social, de nivel social, hay una conciencia de un mundo que se va, un mundo que se cierra, que no da ninguna posibilidad de ascenso social y al contrario, que se va para abajo en un tipo de camino que desciende y la idea de precariedad es difundida como un símbolo y como una realidad. Entonces hay una ruptura entre gran parte de la juventud y este gobierno u otro gobierno, de manera general los gobiernos, el mundo político. Hay una orientación muy antipolítica.

Ahora, si uno pasa de eso que es una descripción más o menos acertada en la cual no todos podemos coincidir, yo diría que el problema básico es el problema

que hemos visto con el «no» en la constitución. Después del «no» a la constitución, y esto se ha explicado de muchas maneras, hubo un enorme movimiento. Se ha descubierto que la mayoría de la gente decía que había votado «no», especialmente los jóvenes y que éste «no» descansaba en una visión del mundo mucho más antigua, arcaica, de lo que uno pensaba. Es decir que en temas muy concretos y fundamentales, los franceses son el único país europeo que todavía mantiene la vieja idea de que objetivos económicos y meta-sociales son incompatibles. Si usted quiere más justicia social, tiene que suprimir el capitalismo, y eso se oye todos los días. Bueno, primero hay que suprimir la economía de mercado, hay que suprimir el capitalismo. O sea que eso es fundamental porque mientras usted dice: hay incompatibilidades; es un poco como hace veinte años en América Latina la teoría de la dependencia absoluta. Si somos nosotros dependientes, no podemos hacer nada sino rechazar o lanzar una guerrilla. Yo diría que es un poco lo mismo: esta gente piensa que el movimiento para la justicia social se apoya en el estado nacional y combate a la vez, contra la globalización económica y la hegemonía norteamericana. Eso es en pocas palabras.

En esta situación también hay, por otro lado, la idea de que todo lo que es social, lo que es juventud, etc., es un obstáculo ante un desarrollo económico que tiene que abrirse al mundo de tal manera que se da una situación totalmente bloqueada a nivel del pensamiento de esta izquierda superarcaica y de, a veces, una derecha arcaica, pero por el momento se trata de los jóvenes que están más bien a la izquierda. Es una situación que no deja ningún espacio ni para la política, ni para la negociación, ni para la innovación, ni para nada. Entonces, hay una enfermedad profunda, una enfermedad mortal a mi manera de ver en esta visión que prohíbe cualquier tipo

de reforma: o la revolución o nada. Yo agregaría una segunda enfermedad francesa que se ha visto mucho más claramente en el mes de noviembre. La tradición francesa que llaman «republicana» consiste en decir: bueno, nosotros hemos creado en el siglo XVIII esta visión liberal en el sentido fuerte de la palabra kantiana del mundo y nosotros somos los representantes de los derechos humanos; es decir, nosotros hemos inventado todo eso. Entonces tenemos que mantener esta visión digamos universalista y no tenemos que meternos, los profesores, los funcionarios, con este tema del multiculturalismo o de la diversidad cultural. De tal manera que los franceses que defienden bien y, con razón en mi opinión, la ciudadanía contra el espíritu comunitarista, sin embargo muestran un rechazo de la diferencia cultural enorme y eso se ve mayormente en la escuela donde los maestros quieren que los jóvenes sepan hablar un francés perfecto. De tal manera que la escuela, que piensa ser igualitaria, aumenta la desigualdad social porque castiga a los jóvenes que vienen de familias de nivel cultural, en francés, de menor rango.

Entonces yo diría, en pocas palabras, que estas dos enfermedades son lo que domina la vida política francesa y lo que representa una incapacidad casi total de introducir reformas. Muchos países lo han hecho. En Francia, en el momento actual, es prácticamente imposible. Por ejemplo, esta huelga, si yo quisiera discutir con algunos estudiantes seguramente sería imposible porque hay que aceptar así, a priori, que hay una incompatibilidad total entre la meta de lucha contra las injusticias y el sistema de actuación; entonces hay que romper antes de nada con el sistema y así: se acabó».

— Del Estado y poder pasamos luego a la sociedad y ahora parece que hemos llegado al individuo como categoría de análisis. ¿Cómo concibe usted esta evolución y este paso y, en dónde nos encontramos en este momento?

AT: Bueno, mi manera de ver es la siguiente: cuando se dice «globalización», la gente insiste, bien o mal, sobre la internacionalización, sobre el papel central del capitalismo financiero, como a comienzos del siglo XX. Pero yo, no economista, sino sociólogo, insisto en otra cosa: que en esta sociedad, al ser global y también al ser una sociedad de comunicación de masas, de consumo de masas, de producción de masas, las instituciones sociales están destruidas por esta separación económica. La economía sube a nivel mundial y las demás instituciones políticas, culturales, sociales que no pueden subir al nivel mundial (muy pocas pueden subir a ese nivel), se van desorganizándose. Entonces el resultado es que vivimos en un mundo profundamente desocializado, desinstitucionalizado, deshecho y

entonces, si yo no soy más fuerte como ciudadano, no soy más fuerte como trabajador, etc. Finalmente ¿qué queda como fuerza de resistencia a este mundo en movimiento?: «el individuo». Ahora, cuando se dice el «individuo», el «individualismo», son palabras nuevas porque significan tres cosas muy distintas: la primera es el «individualismo del consumidor»: yo puedo comprar en un supermercado, etc., eso, no es muy importante porque eso no es una lógica del individuo, es una lógica del sistema. El marketing existe y eso indica que el sistema sabe prever lo que va a consumir. El segundo aspecto es el más trágico, más difícil, más negativo y es un comunitarismo en el sentido de que yo puedo identificarme con un grupo, con una categoría, con una iglesia, etc. Entonces, y especialmente cuando se trata de un mundo religioso, yo soy la palabra de Dios, ustedes no, entonces yo soy un individuo, un grupo individual, un grupo específico, y el resto no puede existir.

Considero el comunitarismo como una fuerza negativa, una forma negativa del nuevo individualismo. Y el tercer enfoque, la tercera definición de la situación, es esta idea de que nosotros en este mundo controlado por todas partes tenemos una sola manera de resistir, un solo proceso, y el instrumento parece que es mantenernos como individuos, pero no individuo como su forma empírica sino el derecho a ser individuo. Entonces viene ahí, al final de una larga evolución, que después de haberse defendido derechos cívicos, después derechos sociales, después derechos culturales, finalmente queremos tener el derecho a ser individuos o, para hablar más correctamente, el derecho a tener derechos. Esta es mi manera de definir lo que llamo el «sujeto»: el sujeto es el individuo que se considera como su propia finalidad. De tal manera que si hay un intercambio o una entrevista, el principio único de legitimidad es la voluntad y la capacidad de ser un individuo como tal, es decir, capaz de imponer su derecho a tener derechos.

— Y en una sociedad que es una amalgama de individuos ¿tiene cabida la sociología todavía?

AT: Yo le diría primero que la sociedad no es solamente «individuo». Cuando digo individuo eso no significa que no haya una organización. Por ejemplo, en la sociedad industrial, hemos luchado para tener derechos sociales individuales pero para que un obrero tenga, por ejemplo, un contrato de trabajo, se necesita un sindicato, o el estado, o un partido político, se necesita una acción colectiva. De la misma manera, cuando se trata de defender nuestros derechos culturales tenemos organizaciones para defender derechos étnicos o lingüísticos, religiosos, sexuales, etc. Entonces no se trata de un mundo de puro individualismo o egoísmo, de ninguna



manera. Se trata de un mundo en el cual los temas culturales son lo más importante. Eso ahora es cierto, y es lo que pienso profundamente: que la palabra sociología no corresponde bien. Los ingleses, hace quince o veinte años, lanzaron la expresión de «estudios culturales» que, en realidad, es más adecuada: y es más adecuada porque incluyen solamente las categorías culturales. Eso es el mundo en el cual vivimos, es un mundo en el cual las categorías económico-sociales han sido reemplazadas por categorías culturales. La noción central, al hilo de la cual se organiza la personalidad, es más bien la noción de sexualidad o, digamos, el tema de la diferencia cultural, como vivir con gente diferente es una cosa mucho más importante que antes. Y, al contrario, los temas de la solidaridad, de la integración, han perdido mucho de su importancia. Entonces la gran característica de nuestra época es la predominancia de las categorías culturales, por encima de la categorías socioeconómicas.

— ¿Por qué habla usted más de interculturalidad que de multiculturalidad?, ¿por qué le gusta más ese concepto?

AT: Por una razón muy sencilla. Aceptar el principio de la multiculturalidad, sencillamente no tiene sentido. Fue utilizada para luchar contra el imperialismo occidental, o sea, «yo soy» la modernidad. De acuerdo que hay un pluralismo, y hay que reconocer el pluralismo y entonces la necesidad de la interculturalidad; pero si usted habla de multiculturalidad ¿cómo nos vamos a comunicar? ¿Nos vamos a comunicar, como anuncia Huntington, con los fusiles? Si no hablamos el mismo idioma, si no hablamos dos idiomas más o menos de la misma familia, vamos a hablar o en términos de comunicación o en términos de mercado o más bien en términos de guerra. Entonces lo importante es combinar elementos universalistas con elementos particularistas y para mí, yo tengo un vocabulario un poco especial porque lo que es universal, yo lo llamo «modernidad», lo que no es universal lo llamo «modernización». O sea que hay una pluralidad, hay una modernización holandesa, hay una modernización francesa, hay una modernización turca o brasileña... es decir, hay una gran variedad, incluso en Europa hay una gran variedad; pero lo que yo llamo «modernidad», de una manera más clásica del mundo, es decir, la Ilustración, son los dos principios: la razón que elimina lo irracional y lo específico y segundo, y es más importante desde el punto de vista sociológico-político, el reconocimiento de derechos humanos, de derechos personales, individuales, que si no existen significa negar la humanidad de cualquier individuo y reducirle a una situación de animal o mejor dicho de máquina.

Lo que quiero decir es que en el momento actual la vida, los intercambios, deben permitir o facilitar lo que

tenemos en común, tenemos derechos humanos y razón. Si usted no cree en los derechos humanos y en la razón es muy probable que no vayamos a comunicarnos realmente. Al contrario, sería peligroso pensar que una vez que se han descubierto algunos elementos de universalismo podemos parar aquí porque es una cosa fácil y simple. No, no. Hay una enorme diferencia entre los pasos, los procesos de modernización, y ahí nos encontramos con todos los problemas de tener instituciones de tipo libre, instituciones que defienden la autonomía o la especificidad, o la independencia y responsabilidad del sujeto. Mientras que cuando hablamos de derechos, de escuela, de familia, estuvimos ateniéndonos a los procesos de integración social, cómo se transforma un joven o un extranjero en un elemento, en un miembro de una sociedad. Al contrario, es evidente que hoy en día hay una búsqueda en todos los países de lo contrario; es decir, de defender al individuo contra la sociedad tipo Corte Suprema o el equivalente que hay en varios países. Hay una voluntad del movimiento feminista contra las viejas instituciones que eran instrumento de integración social de instituciones que tienen como función no dejar al individuo solo, sino defender las funciones, por ejemplo: la familia o la escuela tienen que defender la capacidad del niño o del joven de ser autónomo, libre, capaz de trabajar, capaz de reconocer la autoridad, etc., pero dándole una conciencia, una responsabilidad y una capacidad de actuar de manera racional y con respeto a los derechos humanos. Por razones evidentes de todo lo que está pasando en el mundo, el viejo tema de hace quince o veinte años del multiculturalismo está perdiendo mucho terreno y un multiculturalismo que acepta ya a cualquier tipo de régimen político sería totalmente inaceptable.

— Todos somos mestizos, unos más y otros menos. Pero están surgiendo en estos momentos por ejemplo movimientos en América Latina, me puedo referir a lo de Chiapas de hace unos años, pero también a otros ejemplos, lo que puede ser el Chavismo de la república Bolivariana en Venezuela o lo que pueden ser fenómenos como ahora mismo Evo Morales en Bolivia, ¿es de alguna forma la devolución, en una etapa postcolonial, a los imperios de lo que los imperios hicieron con ellos o se pueden separar las categorías occidentales?

AT: Es un tema que me interesa enormemente y que me parece de gran importancia en el caso latinoamericano pero sería lo mismo en el mundo árabe o en mundo musulmán. En este mundo latinoamericano hay realmente dos tendencias opuestas, como siempre. Está la gente que dice: nosotros como indígenas queremos recibir los derechos de ser indios pero derechos también de defender una cultura, una educación dentro

del sistema político mexicano o brasileño. Este es el caso de Marcos, al que conozco bien personalmente y que era básicamente un demócrata mexicano y hay, por otro lado, un etnicismo, como tenemos un poco ahora en Francia, de africanos o de gente indígena antiblancos. Tenemos ahora algunos grupos del Caribe, de las Antillas, hay que hablar con toda franqueza, que tienen un racismo antiblanco. Hay también lo que dice el candidato que tiene muchas posibilidades de ser electo en el Perú: el racismo antiblanco: «hay que invadir a Chile para liberar a los indígenas que están en el sur de Chile», etc. Entonces están estos dos conceptos de la realidad que son totalmente opuestos. En el caso latinoamericano el problema concreto es Bolivia. Evo Morales ha hecho un Ministerio muy extraño con dos o tres personas que no tienen hecha ni la Educación Primaria. Seguramente existe una tendencia a cierta unión entre Chávez, Bolivia, Perú, con apoyo de Argentina que necesita dinero, etc. Sin embargo, yo creo que eso es un peligro serio. Todavía creo en la posibilidad de superar esta tendencia peligrosa y más que peligrosa, mortal, y tratar de incorporar el mundo indígena con su identidad dentro de un sistema político multidimensional. Y eso me parece facilitado en el caso de Bolivia por el hecho del gas, porque se trata de crear toda una red continental de circulación y de consumo del gas en total, a escala del continente, y yo creo que este intento de reconocimiento del indigenismo dentro de un sistema liberal, es más probable que el reconocimiento solamente de la dimensión étnica hasta un racismo anti-blanco tal como se ve y tal como se oye, más de lo que se ve en Venezuela. Entonces espero un éxito de Morales que le permita alejarse de la influencia a la vez de esta tendencia peruana que aparece ahora y, también, de la propaganda venezolana y de otros países.

— El pensamiento se expresa a través del lenguaje. El lenguaje, en estos momentos, si pudiéramos ver una jerarquía, una constelación a nivel mundial, tiene desde luego un idioma que se habla más que otros, que es el idioma vehicular que impone también determinadas pautas culturales en todo el mundo anglosajón, ¿cree usted hasta cierto punto que la batalla por la resistencia cultural va a ser justamente la característica de los próximos años?

AT: Primero hay que eliminar una respuesta tonta que fue la respuesta típicamente francesa: mantener el equilibrio entre los dos idiomas. Los franceses lo han pagado muy caro porque fueron eliminados de toda la cuestión internacional. Entonces, hay que reconocer primero que el inglés no es un idioma extranjero, es un idioma internacional. Así es. Entonces, usted tiene que conocer primero su idioma materno y el inglés como idioma vehicular internacional. Después de eso viene yo

diría la necesidad de conocer por lo menos un idioma extranjero y sería mejor tener dos. Incluso uno europeo, o uno no europeo, depende. Ahora bien, ¿hasta qué punto el dominio del inglés significa la dominación cultural? Es un problema delicado porque cuando hay una casa editorial que publica los trabajos ingleses o los trabajos de la gente más vinculada al mundo anglosajón por razones lingüísticas o por razones de amistad, eso no importa, van a tener ciertos privilegios. Y esto es interesante porque en mi mundo, la sociología, no son los americanos quienes lo aprovechan, son los ingleses. Porque las editoriales están en Londres, etc. Entonces ahí hay un problema serio. Pongo un ejemplo extremo: yo conozco más o menos la producción italiana que no es poca, y hay muchos libros, muchos buenos libros que nadie conoce porque nadie se molesta por conocer un poco el italiano. Ahí, yo diría que escribir un libro en italiano es caer en un aislamiento insostenible porque nadie lo lee.

Entonces, ¿cuál es la solución? No hay solución sino fomentar, al lado de las reuniones generales con el idioma internacional, reuniones en las que por lo menos todo el mundo tiene un conocimiento pasivo de otro idioma. En mi grupo, en París, en el mes de mayo hacemos una reunión de más de 50 personas, entre ellas 15 de habla inglesa, si ellos hablan inglés yo entiendo, y si yo hablo francés ellos entienden. Y facilitar las asociaciones entre el número tres, número cuatro, número quince, diez y ocho, no me parece una cosa tan rara limitándome al mundo europeo, organizar una reunión con conocimiento mutuo pasivo de francés —español, francés italiano, español— alemán... Eso me parece importante porque lo que observamos es que nuestro conocimiento de las demás culturas europeas está bajando. Todo el mundo sabe más y más cosas sobre Estados Unidos y menos sobre el resto; por ejemplo, los alemanes no saben nada de Francia, los franceses no saben nada de Alemania y todo el mundo sabe algo de inglés. Ahí hay un empobrecimiento grave pero hay que luchar contra eso, no para defender el idioma francés que tiene los mismos derechos, que son limitados, de cualquier otro idioma, pero no hay que diferenciar por el pasado sino por el presente y el futuro. Hay que evitar limitar la cultura de alguien al conocimiento del inglés. Hay que ir más lejos.

— En este multilingüismo que puede haber en estos momentos en Europa aunque sea más igual que las demás lenguas el inglés...

AT: El inglés es el idioma internacional...

— Lo que le quería preguntar es ¿cómo ve las necesidades lingüísticas que puedan tener en estos momentos los numerosos inmigrantes que están llegando de fuera de Europa pero también de dentro de Europa; por ejem-

plo de la Europa ampliada hacia países como España o como Italia que no habían conocido inmigración, que no es el caso de Francia, que en el pasado la tuvo y la ha tenido, y de ahí ha tenido otra serie de consecuencias? A mí me parece hasta cierto punto que hay una asignatura pendiente de Europa y de las instituciones a ese respecto, ¿cómo lo ve usted?

AT: Primero es imposible que un grupo cualquiera pueda vivir en un país cualquiera sin conocer el idioma y por una razón muy sencilla: en todos nuestros países la escuela es obligatoria. Entonces los árabes de París o de Francia son primero ciudadanos franceses, hablan francés como su idioma normal, más que el árabe pero hay que combinar una defensa de su cultura, un aprendizaje, porque quizá no han estudiado nunca su cultura pero hay una tendencia fuerte a la reislamización,

por ejemplo, con resultados que no concuerdan pero me parecen ser importantes y sin el riesgo enorme de formar gente que vayan a ser terroristas. No, no, es gente más bien conservadora pero hay un aumento del conocimiento del árabe, hay un aumento de la identidad cultural, que sea un marco de referencia. Pero así es. Yo acabo de estudiar a cierto grupo de mujeres musulmanas en Francia y es muy interesante porque no representan ni la cultura francesa ni la cultura musulmana sino que combinan a la vez elementos positivos y elementos negativos de las dos culturas. Dicen: yo soy religiosa en el sentido del Islam, pero soy muy contraria al control de la mujer por la familia, etc. Y dicen las mujeres más o menos las mismas cosas. Dicen: somos demasiado viejas para vivir en una cultura islámica o musulmana. Entonces, todo eso está cambiando todo el tiempo: la cosa importante es combinar y no sustituir.

